

EL DIABLO VENCIDO CON SIETE HUEVOS.

Alegres sobremanera pasaba los días de la vida un matrimonio á quien el Señor concedió un hermoso niño y más tarde una candorosa niña, quienes, á decir verdad, eran el encanto de sus padres por sus raras prendas de amabilidad y docilidad.

Siete años contaba el muchacho y cinco la niña cuando por motivo de ir sus padres á visitar á sus parientes, hubieron de quedarse los dos solitos en casa hasta la vuelta de aquéllos. El niño, como más fuerte, todos los días salía á la finca en busca de comida; y como el río estaba cercano, se encargaba la niña de acarrear el agua para los usos domésticos.

Mientras la niña escobaba la casa todas las mañanas, su hermano encendía el fuego y cocinaba para los dos. ¡Qué hermandad tan grande era la suya y qué amor se profesaban mutuamente!

Sucedió cierto día que, luego de haber encendido el fuego y arriado la olla para que se calentara, salió el niño en busca de can-

grejos, no sin haber encargado mucho á su hermanita que no dejara apagar los fuegos. Esta dócil como ella sola, rompía con sus manecitas la leña más menuda y echándola al fuego lograba tenerlo siempre encendido.

Pero el diablo, que aprovecha todas las ocasiones para hacer de las suyas, se presentó en aquella casita, y engañando á la pobre niña con alagüeñas esperanzas la tomó de la mano y se la llevó consigo.

No tardó mucho en volver el cocinerito con sus cangrejos para los dos; pero.....; cuál no fué su sorpresa al echar de menos en casa á su querida hermana! La llamaba á voces desde la puerta, pero en vano: la niña no respondía. Preguntó á todos los del pueblo y nadie supo darle razón de su paradero. Todo el día pasó llorando la pérdida de su hermana, sin pensar ya más en cocinar sus cangrejos.

Al anoecer de aquel mismo día regresaron sus padres, quienes ya en el camino tuvieron noticias de cómo su hija había desaparecido. Como era natural, también practicaron todas las diligencias para encontrarla pero..... todo fué en vano; la niña no pareció por ningún lado y nadie supo decirles nada de la misma.

Quedaron, pues, solos en casa marido y mujer con su hijo, el cual nunca podía olvidar á su querida hermana á quien siempre echaba de menos en las horas de recreo, que para los niños lo son todas las veinticuatro que tiene el día.

Pensaban todos que con el transcurso del tiempo se iría olvidando nuestro joven de su hermana, pero no fué así: sino que cada día se acordaba más de ella: y cuando pasados tres años se vió con fuerzas suficientes para caminar, pidió á sus padres le dejaran salir de casa é ir en busca de su hermana hasta encontrarla.

No sin gran temor, accedieron aquéllos á la demanda, temerosos de perder también á su hijo y quedarse solos en el mundo sin ninguno de sus hijos que les sirviera de ayuda en la vejez.

Entonces el mozalvete, á quien el amor fraternal había convertido en un héroe, toma la tradicional lanza bubi y colgando del hombro su zurrón se presenta á la madre y le dice con resolución:

—Madre, me marche.

—Pero..... ¿qué llevas para comer?

—No se apure que ya encontraré algo por el camino.

—No quiero que vayas sin nada; toma estos siete huevos, y cuando encuentres á tu hermana os vendrán á maravilla.

El niño tomó agradecido los siete huevos y los metió en su zurrón. Entretanto, el padre que había llegado de cazar, tomó un romo (ídolo) y lo colgó del cuello de su hijo á fin de que nada malo le aconteciera en sus aventuras y... se marchó.

Durante el primer día recorrió cinco pueblos, quedándose á descansar por la noche en casa de unos parientes que le trataron muy bien. Al día siguiente pasó por todas las fincas de ñames, para ver

si entre los trabajadores la encontraba, pero ¡vano empeño! no pudo dar con ella á pesar de las fatigas de dos días consecutivos.

Luego que amaneció el tercer día tomó la resolución de internarse en el bosque y no dejar escondrijo sin visitar. Andando, andando, llegó á un camino de cazadores por el que anduvo más de la mitad del día: hasta que por fin, quiso Dios que divisara una casita hecha con ramas de palmera y de la que salía humo por todas partes. Se acercó y.... vió salir á su hermana, la cual acercándose á él le dió un fuerte apretón de manos y lo introdujo dentro de aquella miserable casucha.

Estaba sola la pobre joven cocinando una grande olla de carne para el diablo que había salido á cazar. Temerosa de que lo llevara á mal su amo, aconsejó á su hermano que se escondiera en un montón de leña que allí había y que no saliese mientras el diablo permaneciese en casa. Así hizo; pero tan pronto como el diablo llegó, dijo á la muchacha:

—Sé muy bien que ha venido tu hermano y que está escondido entre la leña: quiero que salga y que no tenga miedo.

Salió el muchacho del escondrijo y con gran temor y temblor pidió al diablo que le dejase estar unos cuantos días en compañía de su hermana. Cuanto deseaba le fué concedido de mil amores; y no sólo eso, sino que cada día iba el diablo á cazar carne para los dos hermanos.

Pasados tres ó cuatro días y en ocasión en que el diablo estaba fuera de casa, dijo el joven á su hermana:

—Sabrás que hace cuatro días que estoy aquí: he venido en busca de tí, y hoy mismo quiero que vengas conmigo á casa de nuestros padres.

—Está bien, contestó su hermana; yo también deseo abandonar esta casucha y marcharme contigo.

—Salgamos, pues, pronto y sin tardanza.

—Pero..... ¿qué haremos si el diablo nos agarra por el camino? ¿no nos matará?.....

—No temas: yo llevo siete huevos que me dió mi madre al salir de casa, y con ellos lo venceremos.

La confianza y valor se veían pintados en aquellos infantiles rostros; y sin temor de ningún género abandonaron a que ella triste barrera para no volver jamás á entrar en ella.

Todavía no habían salido del bosque y mirando atrás ven al diablo correr en pos de ellos para agarrarlos. Entonces el muchacho saca uno de sus huevos y rompiéndolo contra el suelo salió de él una enorme cabra de bosque que se ofreció á llevarlos sobre sí hasta su misma casa. Corría la cabra como una

desesperada con sus dos muchachos; y el diablo corría tras ellos también.

Cuando vieron al diablo muy cercano echaron atrás otro huevo y rompiéndose sale un gran montón de ñames cocidos que el diablo se detuvo á comer mientras ellos seguían alegres y contentos su camino.

Muy poco faltaba para alcanzarlos el enemigo, cuando arrojan el tercer huevo del que salió un gran racimo de banga que el diablo se comió con voracidad hasta acabarlo. Pero aconteció que á resultas del atracón de ñames y de banga le sobrevino un berrinche tan fenomenal, que hubo de permanecer largo rato tendido en el suelo dando horriblos alaridos.

Al oír nuestros viajeros los grandes quejidos del perseguidor, celebraron la fiesta con alegres carcajadas que aumentaban el coraje del doliente. Por eso tan pronto como se sintió algo aliviado, la emprendió de nuevo contra ellos con nuevos bríos: y hubiera acabado con ellos ciertamente de no echarle el cuarto huevo que se convirtió en un enorme peñasco que interceptó por completo el camino. Convertido en una furia la emprendió contra él mismo á coscorrones hasta que haciendo un supremo esfuerzo lo echó á rodar por un barranco dejando así expedito el camino.

Nuevamente echó á correr en pos de ellos llegando esta vez casi

(Sigue en la página 315.)



Señores Aurelio Becerril y Eligio Castañón, vencedores en la carrera á pie, Tlalpan-México.

(Foto. de EL TIEMPO ILUSTRADO.)